

MI EXPERIENCIA DEL VOTO DE OBEDIENCIA DURANTE LA FORMACION

Henry Pattarumadathil, S.J.
*Jesuit Regional Theology Centre
Kalady, Kerala, India.*

“Vivir con los jesuitas no te va a ser fácil: son conocidos por la llamada “Obediencia ciega”: para probarte el superior te va a pedir que plantes una rama seca y la riegues todos los días. Si te niegas a hacerlo te mandan a tu casa.” Esta fue la reacción de un amigo mío cuando le descubrí mi plan de entrar en la Compañía de Jesús. Afortunadamente no me creí su historia y no desistí de mi idea. Sin embargo, pregunté a otras personas cómo eran los jesuitas antes de confirmar mi decisión. Varios me animaron a entrar en la Compañía, y mi mayor apoyo fue un salesiano, mi mejor amigo de mis tiempos en el colegio. En realidad fue él quien me informó sobre Ignacio de Loyola y sus Compañeros, y sobre los trabajos de la Compañía. Todavía recuerdo que me dijo: “los jesuitas gozan de gran libertad interna y permiten a los demás que vivan con esa libertad. Su formación es excelente: tienen la virtud de llegar al corazón de las personas. Me alegro de que respondas a tu vocación en la Compañía de Jesús.”

Hace ya 24 años que entré en la Compañía, y hasta ahora ningún superior me ha pedido que plante y riegue una rama seca, o que haga algo semejante - irracional o sin sentido. Mi experiencia en la Compañía ha sido precisamente la contraria. A veces me admiro del nivel de libertad que gozo. La Compañía me ha formado no con mandatos y prohibiciones sino con amor y cuidado. La obediencia en la

Compañía se me ha presentado como una invitación a responder a la llamada del Señor en espíritu de verdadera libertad. Está fundada, como destaca la CG 35, “en el deseo de sentir realmente, servir en todo, y crear lazos más estrechos de unión entre nosotros (D, 4, 23)

Antes de entrar en la Compañía tenía muchos amigos en el colegio y en mi ciudad, y estaba muy unido a ellos. Acostumbrábamos a encontrarnos y charlar juntos, durante horas, y a jugar a las cartas, etc... También adquirí el hábito de fumar. En mi primer año en la Compañía, me costó mucho dejar el tabaco y estar separado de mis amigos. Después de unas semanas encontré una solución fácil. La casa del Prenoviciado estaba situada a unos 10 kilómetros de mi domicilio, y como yo era el único del grupo que procedía de la ciudad, nuestro director acostumbraba a enviarme a ella casi todas las semanas por algún encargo. Me alegraba poder hacer este servicio a la comunidad, porque me brindaba la ocasión de encontrarme con mis amigos, fumar uno o dos cigarrillos, y volver relajado. La cosa continuó durante unas semanas y no comenté con nadie estas visitas privadas. Un día, cuando volví de las compras, vi que el director estaba sentado en la galería, leyendo el periódico. Me saludó al entrar yo en la casa, y me preguntó amablemente “¿Has visto a tus amigos hoy? Me quedé parado ante la pregunta y le miré con miedo y sorpresa. Antes que yo dijera nada me hizo la segunda pregunta: ¿has fumado hoy algún cigarrillo?. Yo estaba ante él ruborizado, como un estudiante a quien su profesor le ha cogido en una travesura. Ignorando mi confusión, continuó: “sé que tienes muchos amigos en la ciudad y que estás muy unido a ellos También sé que tienes alguna dificultad para dejar de fumar. Por eso te he mandado a la ciudad cada semana, pensando que necesitarías algún tiempo para superar esas dificultades. ¿Has aprovechado las oportunidades?

Me sentí muy pequeño ante aquel gran hombre. Le dijo que volvería a verle en cuanto dejase las bolsas de la compra en la despensa. Cuando volví estaba ya en la habitación. Le conté abiertamente todo lo que había sucedido y le pedí perdón por mi falta de sinceridad. Él estaba muy tranquilo y no me preguntó nada, sino que amablemente me dijo: “tener amigos no es un pecado, y de hecho, nosotros, los jesuitas somos llamados a ser amigos de la gente; fumar tampoco es un pecado, y hay algunos jesuitas de nuestra Provincia que fuman”. Estuvo un rato en silencio, después me miró a los ojos y continuó: “pero cuando una persona decide entrar en la Compañía tiene que decir “no” a muchas cosas, grandes y pequeñas, de su vida. Ahora tu tienes tres meses para hacer discernimiento; toma esto como

MI EXPERIENCIA DEL VOTO DE OBEDIENCIA

una prueba y mira si tu puedes vencer esas dificultades o resistir la tentación, durante al menos estos tres meses. Si no puedes quizás sea mejor que decidas no entrar en la Compañía”. Yo no dije nada pero mis ojos hablaron por mí. En aquel momento me sentí libre de esas dos rémoras. Aunque continué enviándome cada semana para compras, nunca sentí la necesidad de reunirme con mis amigos, o de fumar con ellos. Considero esta experiencia como mi primera lección sobre la obediencia en la Compañía. Aprendí cómo un superior puede pedir obediencia, y guiar a una persona hacia el amor y afecto auténticos.

“Por solo nuestro Criador y Señor”

Me gustaría recordar otro episodio que sucedió durante el magisterio. Uno de mis amigos, junior, tenía algunos malentendidos con su director. Como resultado mi amigo no miraba bien a su director, y comenzó a decirlo, a veces en público. El director, por otra parte, estaba decidido a enseñarle una lección. Escribió al rector quejándose y pidiéndole que actuase contra el junior. El rector llamó al junior y habló con él. Comprendió que el problema no era tan serio como lo había presentado el director. Quería que el junior comprendiese sus errores y salvarlo de la crisis. Podría haber amonestado al junior y haberle pedido que obedeciese sus instrucciones o

cuando una persona decide entrar en la Compañía tiene que decir “no” a muchas cosas, grandes y pequeñas, de su vida

las del director. En ese caso el junior podría haberse rebelado y abandonar la Compañía. Pero el rector escogió otro camino. Sabía que el junior y yo éramos amigos. Así que me llamó y me pidió que le hiciese comprender el problema, y que le pidiese cambiar su manera de responder al director. Mi misión no fue

difícil. En un ambiente de amistad y estima, él podría ver sus errores y aceptarlos. Comenzó respondiendo positivamente al director. Sin ser forzado fue a ver al director y le pidió perdón por sus reacciones rebeldes a él. Hace poco he oído hablar al director de su antiguo junior que ahora es formador. Cuantas veces pienso en el voto de obediencia recuerdo al rector y a su manera de tratar al hermano “casi perdido”. Su único interés fue, no

su posición de autoridad, sino el bienestar de su hermano pequeño. Sin recurrir a la obediencia respecto al junior, que ya estaba herido por su superior inmediato, le ayudó a obedecer. Conocía y practicaba el verdadero espíritu del voto de obediencia, que no es un látigo para castigar sino un lazo de amor que nos ata y nos une juntos.

Hay un texto en el Examen General, que en mi opinión expresa el punto central del voto de Obediencia en la Compañía. “Cuando uno entrare a hacer la cocina o para ayudar al que la hace, ha de obedecer con mucha humildad al mismo cocinero en todas las cosas de su oficio, guardándole siempre entera obediencia. Porque si así no hiciese, tampoco parece la guardaría a Superior alguno, como la vera obediencia no mire a quién se hace, mas por quién se hace, y si se hace por solo nuestro Criador y Señor, al mismo Señor de todos se

obedece. (n. 84) Permitan que ponga el ejemplo de un jesuita que me hizo entender el significado del texto. Yo era estudiante de teología y me pidieron moderase una sesión, en una de las reuniones de Provincia. El debate era muy vivo sobre un tema concreto, y yo no

*el verdadero espíritu del voto
de obediencia, que no es un látigo
para castigar sino un lazo
de amor que nos ata
y nos une juntos*

podía conducir bien esa situación conflictiva. Varios miembros querían expresar su opinión, pero yo no podía conceder la palabra más que a unos pocos, y los demás no estaban contentos por ello. De alguna manera dominé la situación y la sesión terminó. Yo estaba intranquilo sobre todo ello, es especial por mi actuación. Para sorpresa mía, diez minutos después de la reunión, un jesuita de setenta años se acercó a mí, y me pidió perdón por no haberme obedecido durante la reunión. Me dijo que había tomado la palabra dos o tres veces sin esperar mi permiso para hablar. Según él eso era una violación del voto de obediencia. Me quedé sin palabra ante esa humildad tan grande. Cuando se marchó desgrané una oración en mi corazón; “Señor, lléname de ese espíritu con el cual has llenado a este hermano mío”.

Gracia y don

En el párrafo 28 del Decreto sobre la Obediencia de la CG 35, el voto de obediencia se explica en el contexto de la vida comunitaria. “Obedecemos a nuestros superiores como cuerpo, de modo que nuestra vida comunitaria pueda apoyar eficazmente nuestra misión y convertirse en un signo de que la comunión entre los hombres es posible, en un mundo tan profundamente necesitado de ella.” Cuando leo este párrafo recuerdo la manera cómo nuestro superior nos ayudó a practicar el voto de obediencia cuando estudiábamos teología en el RTC (Regional Theology Centre, Kalady, Kerala). Había diez miembros en la comunidad (siete estudiantes y tres profesores). Una vez por semana teníamos reunión de comunidad, en la cual nos comunicábamos y debatíamos todos los aspectos de nuestra vida. Cada uno era libre en la expresión de sus pensamientos y observaciones. El

era el estilo de vida de algunos de nuestros jesuitas veteranos, lo que me enseñó el verdadero significado del voto de obediencia

superior nunca nos paraba ni interfería en nuestra libertad. Más bien nos animaba y nos recordaba repetidamente que necesitábamos asimilar la gran herencia de la Compañía y seguir su manera de proceder. Naturalmente nos corregía si nos apartábamos de ese camino, y nos interpellaba

cuando ofrecíamos resistencia a crecer en lo espiritual. Cuando había algo especial o significativo exponía el tema e invitaba a la comunidad a un discernimiento comunitario. Experimentamos mucha transparencia y fraternidad en este proceso de discernimiento. Aunque él tomaba las decisiones finales, nosotros nos sentíamos parte en esas decisiones. Un profundo sentido de pertenencia era el sentimiento predominante, y el tema de la obediencia o desobediencia apenas se mencionaba.

Debo confesar que más que todas las orientaciones que se citan en las Constituciones y en las Normas Complementarias, era el estilo de vida de algunos de nuestros jesuitas veteranos, lo que me enseñó el verdadero significado del voto de obediencia. Teníamos un Hermano ya mayor en nuestro teólogo, para quien, en nuestro mundo democrático, la voz del superior era para él la voz de Dios. Gozaba paz interior obedeciendo y comunicaba paz a los demás, a través de su servicio desinteresado. Era

realmente una hermosa experiencia vivir con él en la misma comunidad. Yo creo que personas como él son los verdaderos formadores.

Desearía terminar refiriéndome a otro texto de la CG 35: “Para Ignacio y para el jesuita la obediencia también es gracia y don. Es un camino al que hemos sido llamados por el Señor y es el Señor mismo el que nos concede seguirlo en su servicio. Una historia personal de respuesta generosa a la gracia de la obediencia permite al jesuita un servicio alegre y fecundo” (D. 4 n. 29). Mirando hacia atrás a los años de mi formación, puedo decir con seguridad que yo he recibido esta “gracia y don” con abundancia, a través de muchos de mis hermanos mayores, que vivían gozosa y eficazmente el espíritu del voto en su dedicación total al Señor.

Traducción:
Francisco de Solís, S.J.